

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :*

Deus, qui beato Cajetano confessori tuo apostolicam vendi formam imitari tribuisti; da nobis, ejus intercessione et exemplo in te semper confidere, et sola caelestia desiderare. Per Dominum nostrum...

O Dios, que á tu confesor el bienaventurado san Cayetano le concediste que imitase la vida de los apóstoles, concédenos que, asistidos de su intercesion, y animados con su ejemplo, pongamos siempre en vos toda nuestra confianza, y solamente suspiremos por los bienes celestiales. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et elemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no le hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« Fué autor del libro que se llama *Eclesiástico* ó *de la Sabiduría* Jesus, hijo de Sirach, el que, proponiéndose por modelo á Salomon, se aplica como él á recomendar el estudio de la Sabiduría, dándonos

instrucciones llenas de piedad. Fué hombre de vastísima sabiduría, y reputado por uno de los mas hábiles de su tiempo. »

### REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero.* Despues de tanto tiempo que se corre en busca de este precioso metal, y que los hombres se fatigan en vano sin ganar otra cosa que inquietudes, ansias, disgustos y remordimientos; ya parecia mas que razon que se desengañasen de sus ilusiones, y que descubriesen la inanidad de ese fantasma, en quien tantos idolatran. Es la codicia una enfermedad que coge á un mismo tiempo el corazon y la cabeza; es una especie de frenesí de que sanan pocos. ¡Qué digno de lástima es el que se deja tiranizar de tan infame pasion! ¡Si ya á lo menos el avariento fuese liberal con aquel Señor de quien recibimos todos los bienes de la vida! Pero la avaricia no solo es un vicio propio de las almas bajas, eslo tambien de los corazones poco cristianos. El avariento siempre es tan mezquino con Dios, como lo es consigo mismo. Hace poca impresion la miseria ajena en aquel que solo ama su dinero. En todos es vil y despreciable la avaricia; pero en ninguno mas odiosa que en aquellos que por su profesion, segun el lenguaje del Apóstol, no debieran conocerla, ni aun de nombre: *Avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos.* ¿No es compasion que unos hombres consagrados al ministerio de los altares, que solo debieran aspirar por su estado á la herencia del Señor, se dejen arrastrar por la pasion de que otros les hereden sus sórdidos ahorros, al mismo tiempo que tantos pobres les están pidiendo de justicia las rentas de aquel patri-

monio suyo que puso en sus manos la piedad de los fieles? ¿no es esta aquella loca vanidad que con tanta razon contó el Profeta en el número de las abominaciones que se cometen en el templo? ¿no es aquella pobreza de entendimiento, aquella ridícula locura que, como dice el Sabio, causa horror y se hace insufrible á todo hombre de razon? ¿Que unas personas que el mismo Dios separó del tropel de las demás, poniéndolas aparte y escogiéndolas como para sí, intimándoles que su reino no es de este mundo, se hayan de ocupar solamente en todo lo que puede contribuir al engrandecimiento de su familia! ¿que unos hombres cuya renta se compone toda de las rentas de los fieles, y á quienes muchas veces no les da el altar lo suficiente para su manutencion, se hayan de negar á sí mismos lo mas necesario para dejar á sus sobrinos, y tal vez á los extraños, con que sustentar lo superfluo! Hombres, cuya sórdida avaricia la llevan representada en la indecencia del vestido; hombres mas hambrientos de su estipendio que el seglar mas codicioso; hombres siempre mas y mas duros con los pobres, no menos que consigo mismo; ¿qué no hacen para ahorrar y para ganar en todo! Pero ¿qué fin llevarán en tan ruin como vergonzosa economía? Ningun otro que el de aumentar a costa suya un capital, de que ellos no se han de aprovechar, y solo ha de servir para fomentar la profanidad de los que están deseando su muerte, pareciéndoles que ya tarda demasiado el verse dueños de sus infelices ahorros.

*El evangelio es del capítulo 6 de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Nemo potest duobus dominis servire : aut enim unum odio habebit, et al-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos : Ninguno puede servir á dos amos ; porque ó aborrecerá al uno, y amará al

terum diliget : aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire, et mammonæ : Ideo dico vobis, ne solliciti sitis animæ vestræ, quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Nonne anima plus est quàm esca : et corpus plus quàm vestimentum? Respicite volatilia cæli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea, et Pater vester cælestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid solliciti estis? Considerate lilia agri quomodo crescunt : non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem fœnum agri, quod hodie est, et cras in elibanum mittitur, Deus sic vestit, quanto magis vos, modicæ fidei? Nolite ergo solliciti esse, dicentes : Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Hæc enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quærite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

otro, ó sufrirá al uno, y al otro le despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo no seais sollicitos de lo que habeis de comer para mantener vuestra vida, ni de con qué habeis de vestir vuestro cuerpo. ¿Por ventura la vida no es mas que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del aire, las cuales no siembran, ni siegan, ni llenan las trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mas precio que ellas? ¿quién de vosotros puede con todo su curso añadir un codo á su estatura? ¿Y porqué tomáis cuidado por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo : no trabajan ni hilan. Con todo eso, os digo que ni Salomon en toda su gloria estuvo vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de ese modo el heno del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No queráis, pues, tener pena diciendo, qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos vestiremos; porque semejantes cosas son las que procuran los gentiles. Sabe, pues, vuestro Padre que teneis necesidad de todas estas cosas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y tendréis todas estas cosas sin buscarlas.

## MEDITACION.

## DE LA CONFIANZA EN DIOS.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que todos, por decirlo así, seríamos todopoderosos si nuestra confianza en Dios fuera viva, constante y perfecta. Fáltanos lo que debemos menester, solo porque nos falta la fe. Son desatinadas nuestras peticiones, y nuestras oraciones son ineficaces, porque es poca ó ninguna nuestra confianza en Dios. Los sabios del mundo cuentan con su prudencia; los ricos con su oro; los jóvenes con su edad; los robustos con su salud; pareciéndoles que estos son firmes y sólidos fundamentos. Tiénese toda la confianza en el favor de los grandes, en la autoridad de los protectores, en el número de los amigos; de suerte que parece estamos persuadidos á que para nada hemos menester á Dios, segun lo poco que con él contamos. Cada día experimentamos la insuficiencia y la infidelidad de las criaturas, sin que por eso se disminuya la confianza que colocamos en ellas. No por eso nos desengañamos ni dejamos de volver á apoyarnos en aquellas mismas cañas que tantas veces se doblaron, y tantas se hicieron pedazos en nuestras manos. ¿De dónde nacerá que confiemos tan poco en aquel Señor, cuyo poder es inmenso, infinito, y cuya fidelidad tenemos tan experimentada? ¿de dónde nacerá que, estando como naturalmente sembrada esta virtud en nuestros corazones, como se nota aun en los mas impíos, los cuales en los peligros grandes, en los accidentes repentinos levantan las manos al cielo, imploran la proteccion de Dios con cierto indeliberado movimiento; de dónde nacerá

que, no obstante este natural instinto, nos cuesta tanto trabajo el colocar en el Criador toda nuestra confianza? Como esto es absolutamente ajeno de toda razon, no es posible señalar alguna de ello. Lo único que se puede decir es que jamás hemos considerado las muchas que tenemos para hacer todo lo contrario; que es mucha nuestra falta de fe, y mayor la del amor á nuestro Dios; y que nuestra conciencia nos está continuamente reprendiendo nuestra tibieza, nuestra ingratitud y nuestra infidelidad. No cesamos de desagradar á Dios, de desobedecer su voluntad, de menospreciar su ley y sus preceptos; esto es lo que debilita y lo que enteramente apaga nuestra confianza en el Señor. Desconfiados de su bondad, acudimos á cualquiera otro; y si, despues de haber experimentado la insuficiencia ó la infidelidad de las criaturas, recurrimos al Criador, lo hacemos por fuerza ó por desesperacion, y aun entonces con duda y con desconfianza. ¡A vista de esto, nos admiramos, y aun nos quejamos de que el Señor no nos oiga! Antes bien seria una especie de milagro si, viéndonos en esta disposicion, nos alargara su benéfica mano.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que verdaderamente es muy extraña la contradiccion que se observa entre nuestra fe y nuestra conducta. Todos estamos convencidos de que Dios es el autor y el origen de todos los bienes, y que á sola su bondad debemos todos los dones que recibimos y todos los que esperamos recibir; pues ¿en qué consiste nuestra falta de confianza? Parece que no es posible inspirárnosla mayor cuando solamente nos pide esta misma confianza para obligarse á asistirnos en todas nuestras necesidades: *Credite quia accipietis*; creed que recibiréis lo que me pidiéreis, y estad

seguros de que sin otra diligencia lo recibiréis. Empeñanos Dios su palabra; esta es la mayor fianza de todo lo que nos promete; ella sola ciertamente debería bastar para hacer inmóvil nuestra confianza; después de esta seguridad parecía inútil por parte de Dios cualquiera otra precaución. Con todo eso, como la obligación del juramento se reputa entre los hombres por mayor y más sagrada que todas las demás, quiso el Señor añadir esta obligación á su palabra para que estuviésemos más ciertos, dice san Pablo, de la inmutable firmeza de sus promesas. ¿Serán ya menester otras pruebas? ¿serán menester motivos más poderosos, razones más fuertes para despertar nuestra esperanza, para asegurar nuestra confianza y para resucitar nuestra fe? ¿no es gran dicha nuestra que, por acomodarse Dios á nuestra flaqueza, se digne jurar por nuestro amor? ¿pudiera darnos mayor prueba de la sinceridad con que desea concedernos todo lo que nos promete? *O nos beatos*, dice Tertuliano, *quorum causa Deus jurat! ó miserimos, si nec Deo juranti credimus!* ¿Cuál, pues, debe ser la firmeza de una confianza asegurada sobre tantas obligaciones? ¿qué tranquilidad y qué calma no deben producir en nuestros corazones unas esperanzas tan bien fundadas? ¿cómo es posible que haya todavía accidentes que nos espanten, pérdidas que nos desesperen, resoluciones que nos asusten, teniendo á un Dios que nos ofrece y nos asegura su protección y su asistencia? Con todo eso, es mucha verdad que la desconfianza y el temor reinan casi universalmente en los corazones.

Estoy, Dios mío, tan persuadido á que velais sobre los que confían en vos, y á que nada puede faltar á quien espera en vos todas las cosas, que estoy resuelto á dejar desde aquí adelante en manos de vuestra providencia todas mis inquietudes y todos mis

cuidados. Podrán los hombres despojarme de los bienes y de la honra; podrán las enfermedades debilitarme las fuerzas; podré yo mismo ser tan infeliz, que pierda vuestra gracia por el pecado; pero jamás perderé la esperanza, conservaréla hasta el último momento de mi vida; en vano procurarán arrancármela los mayores esfuerzos de todos los demonios del infierno: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

#### JACULATORIAS.

*Domine, non confundar, quoniam invocavi te.* Salm. 30.  
No, Señor, nunca seré confundido, porque invoqué tu santo nombre.

*In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*  
Salm. 30.  
Confíe, Señor en tí, y no seré confundido eternamente.

#### PROPOSITOS.

1. Dios mío, como yo esté sujeto á tí, decía el santo Job, yo desafiare osadamente á todos mis enemigos: *Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me.* No permitais que me aparte de tu lado, y ninguna cosa será capaz de alterar mi confianza. Todo está lleno de lazos y de escollos; vivimos en un país enemigo; en el mismo trono nacen las adversidades y las cruces, dentro de nosotros mismos tenemos un manantial inagotable de miserias y de disgustos; los males han inundado toda la tierra. Con todo eso, por espantoso que sea este diluvio de enfermedades, de males y de miserias, no me espantarán, Dios mío, exclama el Profeta, porque tú estás conmigo: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Tengamos esta gran confianza en Dios, y presto seremos asegurados.

Pobre viuda, sin arrimo, sin proteccion, cargada de familia y acaso tambien de deudas, abatida, despreciada, perseguida, acude á Jesucristo, pon en él toda tu confianza, y él será seguramente tu asilo, tu protector y tu apoyo. Infeliz oficial, que no tienes á quien volver los ojos en el mundo, acude á Jesucristo con entera confianza, y en él lo encontrarás todo. *Numquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* Ten en Dios una confianza sin límites, sin medida, y en todos cuantos accidentes desgraciados te sucedan clama luego con los discipulos: *Domine, salva nos, perimus.* Señor, si tú no me salvas, perezco. No confies en los amigos, ni en tu industria; y aunque no debes omitir aquellos medios que dicta la prudencia humana, siempre has de contar con la asistencia del cielo.

2. La divina Providencia, dice san Francisco de Sales, solo dilata su socorro para avivar mas nuestra confianza. Si no siempre nos concede nuestro Dios lo que le pedimos, es porque quiere ternernos cerca de sí para que le instemos, le estrechemos, le importunemos haciéndole una amorosa violencia: confiar en Dios cuando nos llena de consuelos, de prosperidad y de abundancia, cualquiera lo sabe hacer; pero arrojarse enteramente en sus brazos entre las borrascas y las tempestades, eso es propio de sus hijos. Pon en práctica esta importante máxima; cuando te suceda alguna cosa molesta, difícil, peligrosa, éntrate en tu cuarto, arrójate á los piés del crucifijo, y poniendo toda tu confianza en la bondad del Salvador, implora su gracia y su asistencia. Evita en cuanto te sea posible todo aire de tristeza, de desesperacion y de queja que muestre desconfianza; y el mismo espíritu de confianza has de procurar inspirar á tus hijos y á toda tu familia. Vuelvo á decir que, solo con tener fe, seríamos en cierta manera todopoderosos.

## DIA CUARTO.

## SAN CIRIACO, LARGO Y SMARAGDO, MARTIRES.

Luego que el emperador Diocleciano asoció en el imperio á Maximiano Hercúleo, que habia nacido en Sirmich el año de 286, y luego que llegó á Roma el nuevo emperador, deseoso de acreditar su reconocimiento á su insigne bienhechor con alguna demostracion correspondiente, le regaló un magnífico palacio para el uso de sus baños que desde los cimientos hizo levantar á su costa, el que despues se llamó *las Termas de Diocleciano*, y siempre se reputó por el mas bello monumento de la magnificencia romana. Siendo todo el empeño del nuevo César lisonjear el gusto del viejo Diocleciano, conoció no podia hacerle lisonja mayor que perseguir cruelmente á los cristianos, á quienes él profesaba tambien un furioso odio personal. Y considerando que la sangre de los mártires, en vez de exterminarlos, parecia fecundo riego que multiplicaba su número, resolvió perseguirlos con otro nuevo género de suplicio, tanto mas cruel, cuanto mas prolongado, á cuya sorda violencia consumiéndose en la oscuridad, se extinguiria el nombre cristiano en todo el ámbito del imperio. Ordenó, pues, que aquel soberbio edificio se erigiese á costa del sudor de los cristianos, y á todos los condenó á que trabajasen en aquella obra.

Era espectáculo verdaderamente digno de la admiracion del cielo ver aquel prodigioso número de confesores de Cristo cavar los cimientos, acarrear la tierra, llevar el agua, arrastrar piedras de enorme peso, y todo esto sin el menor alivio; pues, como el fin